

CON LA NIÑA DE LOS PEINES

DESAPARECE LA FIGURA FEMENINA MAS GRANDE DE LA HISTORIA DEL FLAMENCO



En los toros, con su marido, Pepe Pinto, otro «cantaor» de los grandes, con quien se casó en 1931 en la Macarena

Sólo que la Niña de los Peines, y nadie más, es el cante mismo.

(González Climent: «Flamencología».)

Había nacido el 10 de febrero de 1890 en el número 19 de la calle de Butrón, en su sevillanísimo barrio de la Alameda de Hércules. Andaba, pues, casi en los ochenta, aunque los tres últimos apenas contaran para ella, pues vivía ajena al mundo que la rodeaba a causa de una aguda afección de arteriosclerosis.

Había comenzado a cantar a los ocho años en un café cantante de Madrid. Todo el arte flamenco de lo que va de siglo, pues, se halla ligado a su nombre de alguna manera, incluso en estos años últimos, en que era la gran ausente—aunque viviera aún—del cante.

Pastora Pavón (Niña de los Peines). Un nombre para la historia mayor del cante grande. Gitana de los pies a la cabeza, pertenecía a una dinastía flamenca importante. Sobre todo su hermano Tomás fue un «cantaor» extraordinario, prematuramente malogrado; sin embargo, algunos de sus cantes han quedado para siempre y se siguen cantando exactamente igual que él los acuñara. Y en su hermana ejerció una influencia decisiva; el arte de la Niña no hubiera sido lo que fue sin el vecino saber «jondo» de Tomás.

Cuando Pastora cantaba, en su voz de bronce antiguo el duende se le enredaba.

(Antonio Murciano, «Coplas de Pastora y el duende».)

Pastora y el duende... Todos los «cantaores» saben que es la cita más difícil, la del duende. Si el «cantaor» es honesto, su búsqueda de esa «jondura» interior e indefinible, de ese misterio insalvable que es el duende puede ser a veces dramática, porque al público hay que darle la verdad, y la verdad es muy difícil de dar si el artista no se siente tocado por el ala incierta de eso que nadie sabe en rigor lo que es, que los flamencos llaman duende, que puede ser la inspiración, que otros creen encontrar en los sonidos negros. Pepe Menese me decía en una ocasión que cuando canta y se rebusca en sus entrañas el «pellizco» que no llega, su propio cante le suena falso y entonces se sufre mucho, «se sufre jarto». Y no hace mucho, Pepe el de la Matrona afirmaba: «El noventa por ciento de las veces engañamos al público.» No podemos decir que Pastora nunca haya engañado. En la época del flamenco «operístico» se dejó llevar a veces por las nuevas modas, pero fueron ensayos que abandonaba pronto para seguir por el camino de la verdad, que ella tenía una intuición especial para asimilar a su cante, desechando lo deleznable, lo pasajero.

Y cuando Pastora cantaba «de verdad» todos los duendes de su Andalucía gitana no bastaban para asistirle en la agonia de unas siguiurias que ponían la carne de gallina. García Lorca nos cuenta en unas páginas antológicas la reacción de Pastora ante un burlón «¡Viva París!» de un espectador que no se dejaba engañar por la fría perfección de su cante sin duende.

«Entonces la Niña de los Peines se levantó como una loca, tronchada igual que una llorona, medieval, y se bebió de un trago un gran vaso de cazalla como fuego, y se sentó a cantar sin voz, sin aliento, sin matices, con la garganta abrasada, pero... con duende. Había logrado matar todo el andamiaje de la canción para dejar paso a un duende furioso y abrasador, amigo de los vientos cargados de arena, que hacía que los oyentes se rasgaran los trajes casi con el mismo ritmo con que se los rompen los negros antillanos del rito, apelo-tonados ante la imagen de Santa Bárbara. La Niña de los Peines tuvo que desgarrar su voz, porque sabía que la estaba oyendo gente exquisita, que no pedía formas, sino tuétanos de formas, música para con el cuerpo sucinto para poder mantenerse en el aire. Se tuvo que empobrecer de facultades y seguridades; es decir, tuvo que alejar a su musa y quedarse desamparada, que su duende viniera y se dignara luchar a brazo partido. ¡Y cómo cantó! Su voz ya no jugaba, su voz era un chorro de sangre, digna por su dolor y su sinceridad, y se abría como una mano de diez dedos por los pies clavados, pero llenos de borrasca, de un Cristo de Juan de Juni...»

Así era la Niña de los Peines cuando cantaba con duende.

Un ángel sombrío y agónico, que rebasaba todas las medidas, que abrazaba todas las emociones, que desbordaba sus propias entrañas en el rajo de su voz ronca y sin timbre. Tanto se entregaba, que rompía incluso el ritmo de los cantes, pero aun así, oírle en tal trance era un regalo del que los «cabaes» hablaban largo tiempo, como los aficionados taurinos cuando veían un quite de Pepe Luis en una tarde de inspiración.

«Como la Niña de los Peines puede salir alguien cada cuatro o cinco siglos.»

(Pepe el de la Matrona)

En cierto modo fue una revolucionaria del cante, sirviendo de puente entre el tradicionalismo del siglo pasado y todos los modernismos del actual, incluso los más detestables, que no rechazó sin experimentarlos, asimilando y engrandeciendo todo aquello que tenía en sí algo de aprovechable. González Climent ha sintetizado esta labor de Pastora Pavón en una frase que nos parece definitiva: «Ha posibilitado concentrar la juventud de lo viejo y desechar la vejez prematura de lo nuevo.»

Quizá ni ella misma se dio cuenta cabal de la trascendencia de lo que hacía, pero cantó todos los estilos y en todos puso algo mágico que nadie podía imitar después. En algunos cantes no ha sido superada por nadie en la historia del flamenco.

As, en los tangos, a uno de los cuales debe su sobrenombre artístico en los comienzos de su carrera. Es aquel cuya letra dice:

Péinate tú con mis peines;
mis peines son de canela;
la gachí que se peina con mis
peines,
canela llena de veras.

Empezó, a los ocho años, en un café cantante de Madrid CREADORA DE CANTES: LAS «BAMBAS» Y LAS «LORQUEÑAS», NACIERON Y SE FUERON CON ELLA Tomó el «garrotín» del folklore asturiano transformándolo en un cante festero por tango EN 1931 SE CASO EN LA MACARENA CON PEPE PINTO



Ni la edad ni los sufrimientos de la enfermedad robaron a Pastora Pavón esa alegría flamenca, que se le traducía, a veces, en un cantíneo y en el ritmo sonoro de las palmas

Pastora hizo tan popular esta copla que desde entonces se la llamó Niña de los Peines. Ella recogió las aportaciones personales que anteriormente habían hecho a tangos y tientos—cantes eminentemente gitanos—, maestros como Enrique el Mellizo, Manuel Torre, Frijones de Jerez, Juanito Mojama y su propio hermano Tomás, y los elevó a su cumbre más excelsa. En sus mejores tiempos Pastora era capaz de cantar durante horas tangos y tangos sin repetir uno solo, y, desde luego, ha quedado en la historia como su figura más excelsa.

Con la petenera fue aún más lejos, ya que sobre un cante anodino y menor existente anteriormente, la Niña de los Peines hizo una completa reelaboración, engrandeciéndolo y popularizándolo de tal manera que el estilo olvidado tomó carta de naturaleza y prevalece hasta hoy, en que merece la atención de las más grandes figuras actuales.

Se ha especulado mucho sobre la posibilidad de que el Niño Medina se adelantase a la Niña de los Peines, ya que ambos interpretaban la petenera por la misma época. El problema, a mi

juicio, ha sido definitivamente liquidado por Molina y Mairena, quienes, en su libro magistral «Mundo y formas del cante flamenco», concluyen: «Aunque el Niño Medina hubiese sido el creador de la petenera de la Niña de los Peines» (cosa que está por demostrar), ésta hizo de ella una obra maestra personalísima... La personalidad artística de la Niña de los Peines está por encima de todos los Mochuelos y Niños Medina, como el sol sobre los apagados satélites... En realidad, no hay otro motivo para recordar al Niño Medina que su yerta semblanza con la monumental Pastora Pavón...»

En cuanto a la siguiuriya, otro cante gitano cien por cien, Pastora interpretaba diversos estilos, algunos de los cuales los conservamos hoy gracias a que ella nos los transmitió, tales como los del Marrurro, del Ciego de la Peña, de Francisco la Perla, del Viejo de la Isla, de los Cagancho, de Paco la Luz... Fernando el de Triana nos dice que la Niña no podía cerrar ninguna de sus actuaciones sin que el público le reclamara su cante por «siguiurias».

También la «soleá» de Meroed la Serneta, a quien conoció siendo joven, nos ha llegado en su más pura versión a través de ella, que la interpreta de manera magistral. Fue una saetera de excepción, en la época en que en Sevilla cantaban saetas Manuel Torre y Niño Gloria.

Y en cuanto a las bulerías—también cante gitano—, Molina y Mairena le proclaman figura suprema, sin rival posible, especialmente en la especialidad trianera.

Fue creadora de cantes como las bambas y las lorqueñas, que prácticamente nacieron y murieron en ella. O el garrotín, que tomó del folklore asturiano para transformarlo en un cante festero por tangos. En otros muchos cantes de importancia menor, como la mariana, impuso también su rajo gitano. Y no siendo ella gaditana, los cantes de Cádiz los interpretó con pureza y gracia que no desmerecen del arte de «cantaores» nacidos en la misma Puerta de Tierra.

Artista enciclopédica, en fin, que todo lo cantó, y todo lo cantó bien, con personalidad, y algunas cosas las cantó mejor que nadie.

Pronto hizo desaparecer a las «cantaoras» de su época y quedó sola, repartidos los triunfos nada más, ni nada menos, que con Chacón y con Torre. Caso igual de mujer, no se ha conocido.



Este es el monumento que los sevillanos erigieron en la Alameda de Hércules a Pastora Pavón, la simpática Niña de los Peines. Por delante de él pasó el entierro de la gran «cantaora»

pudo codearse con don Antonio Chacón, que en su tiempo fue el «papa» del cante. Se cuenta que en una ocasión Pepe Pinto encontró a Chacón malhumorado y se fue a cenar con él, preguntándole qué le pasaba.

—Nada, hijo, nada—replicó don Antonio rebosando indignación, aunque sin abandonar su flema—. Que estamos en una fiesta y llega esa gitana, Pastora, se pone a cantar y... Yo no pude ni templarme. Esa es una «diera», Pepe. No hay quien pueda con ella.

En 1931 José Torres Garzón (Pepe Pinto) se casaba con la «diera» Pastora Pavón en la Macarena. El amor del Pinto por Pastora ha sido emocionante y conmovedor. En los tres últimos años que ella vivió en las sombras de una locura que estremecía, Pepe estuvo siempre a su lado con una devoción desgarradora. Pedía a Dios constantemente que no hiciera sufrir a su Pastora, que se lo llevara a él antes. Y parece que hubiera sido escuchado, porque el 6 de octubre pasado José Torres moría súbitamente. La Niña de los Peines no ha llegado a saber de su viudedad. Ha muerto un mes y veinte días más tarde, sin darse cuenta de que le faltaba Pepe. Ahora le habrá encontrado de nuevo, quizá con un cante de alboréa en los labios.

Envuelto en el mantón de Manila que llevaba el día de su retirada artística, su cuerpo ha pasado frente al monumento en bronce con que Sevilla la honró hace un año. Descanse en paz la gran «cantaora».

(Aurelio Sellé.)

Es cierto, la Niña de los Peines alcanzó cimas que en el flamenco ninguna mujer ha alcanzado jamás. Fue la única que